

supuesto, a la omnipresente política... y sin embargo, uno se queda con la impresión de que el libro resultaría mucho más ameno y con mayor densidad, si se extrajera la gran cantidad de material poco relevante que ocupa buena parte de sus setecientas sesenta páginas: páginas de autores que han tenido buen cuidado de no poner en ellas ni sus dolores, ni sus luchas, y mucho menos una posición ante la vida o ante el país... nada que pueda considerarse más íntimo que el nombre de su esposa o su lugar de nacimiento, por lo cual incluso su estilo se unifica y el lector siente que está leyendo las mismas páginas con apellidos distintos.

La necesidad de este libro como herramienta en el conocimiento de Colombia puede verse desde dos puntos de vista: como registro de relaciones sociales de algunos colombianos ilustres; o como obra amena sobre la historia y espíritu de algunos colombianos, que nos permitirá una nueva imagen de la historia de Colombia escrita desde la vida del individuo... Hay que recordar que no se puede complacer a todo el mundo.

En estas páginas hay anécdotas sobre tiempos de "leopardos y alcanfores", poetas como León de Greiff y Barba Jacob, recuerdos curiosos y trágicos (muy propios del "mágico-realismo" de la historia colombiana, como el de la "manifestación fantasma" en el Chocó, narrada por García Márquez [pág. 719]), visiones distintas sobre la tierra y los hombres que enriquecerán nuestra visión sobre Colombia y sus personajes. Pero también están esas largas, largas páginas, que no distan mucho en su forma de nuestros actuales currículum vitae... y si lo que se quería era dar una visión de ese estilo, ¿no bastaba con dar uno en vez de treinta?

Afortunadamente allí están Silvio Villegas, Juan Gustavo Cobo Borda, Jorge Eliécer Gaitán, García Márquez, y tantos otros, para abrirnos las puertas a fracciones de su vida e invitarnos a conocerlos, para de este modo acercarnos a la Colombia que les tocó vivir, de una forma amena y rica en pensamientos y actitudes vitales frente a la realidad de su tiempo.

He escuchado que uno de los secretos mejor guardados por un hombre es la opinión que tiene de sí mismo. La

exposición de ésta es, al fin, la meta más elevada de la autobiografía... y la más difícil, pues se necesita mucho coraje y seguridad para desnudar el interior ante un desconocido, como casi siempre es el caso del lector. Quizás por eso, aquellos que, entre todos los que pueblan estas páginas, alcanzaron eso que la historia llama "gloria", son también los que eran capaces de exponer su vida y sus convicciones sin refugios ni excusas.



Gaitán decía: "En la evocación del recuerdo siempre hay algo mutilado, y por eso puede ser sincero, pero jamás verídico" (pág. 120). A la hora de escribir una obra que se nutre de la historia o de los individuos del pasado, sucede algo parecido. Dada la imposibilidad de describir cada suceso ocurrido a cada habitante durante cada uno de los días de la historia, no queda más que mutilar. La diferencia entre el recuerdo personal y el recuerdo que evoca una obra histórica, es que este último es hasta cierto punto voluntario, pues parte de una decisión entre la forma (pretendiendo crear algo que parezca contener todos los aspectos de determinado tema), o el contenido (seleccionando ante la imposibilidad de cubrirlo todo, esperando que la obra sea lo más densa y "nutritiva" posible).

Es mi opinión que una obra que, como este libro, pretenda ser parte de una biblioteca familiar, debe dar preferencia al contenido antes que a la canti-

dad de información, para convertirse en una obra amena, atractiva, rica, y con un número de páginas que no superen a su profundidad.

Después de todo, en literatura, es tan grave el exceso como la falta.

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

La guacherna

Curso y discurso del movimiento plebeyo, 1849-1854

Francisco Gutiérrez Sanín

Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales-El Áncora Editores, Santafé de Bogotá, 1995, 241 págs.

Con exagerado entusiasmo, en el prólogo de este libro se anuncia que estamos al frente de "la contribución más importante al tema de los artesanos del siglo XIX desde los trabajos ya clásicos de Germán Colmenares". El juicio es desbordado y merece algunas salvedades: como en reino de ciegos el tuerto es rey, cualquier contribución medianamente novedosa y audaz en el tema del movimiento de artesanos de la mitad del siglo pasado resulta encomiable y puede hasta producir todavía más ceguera de la ya existente. Éste es un tema dotado de enormes vacíos y pocos aportes. Los menos acuciosos para tratar en rigor el asunto son los profesionales de la historia —sobre todo los autodenominados historiadores políticos— que han visto de soslayo la evolución del movimiento artesanal del siglo XIX, quizá por el embeleso —¿o embeleco?— del estudio de fenómenos más recientes y supuestamente modernos, como la evolución del movimiento obrero, por ejemplo. Después de los estudios más o menos paradigmáticos de Nieto Arteta, Jaramillo Uribe y Germán Colmenares, además de algunos análisis juiciosos de David Sowell, hemos tenido al frente trabajos tan ingenuos y erráticos como los de la historiadora Carmen Escobar, verdadero homenaje al desperdicio de las fuentes documentales acumuladas. Después,

sobre el tema, desde los profesionales de la historia sólo conocemos el fraude de las conversaciones de cafetería.



Ante ese vacío otorgado por los historiadores, el puesto lo han asumido lenta y cabalmente politólogos, abogados y sociólogos que, al parecer, han ido más adentro en el tema. Y entonces ahora sí merece establecerse la índole del aporte de este libro de Gutiérrez Sanín que, entre otras cosas, constituye novedad desde otro aspecto. No olvidemos que los politólogos colombianos suelen deleitarse con los análisis de coyuntura y con visiones sociologizantes de los ciclos de la Violencia colombiana contemporánea. Con esos antecedentes, los estudios con fundamentación histórica son especie rara entre los integrantes del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.

Gutiérrez Sanín, cuyos estudios de posgrado, según se esfuerza en destacarlo la solapa del libro, los ha realizado "gracias a becas obtenidas por concurso" (¿una inconsciente valoración de los méritos y las capacidades al mejor estilo decimonónico?), acude a una propuesta metodológica que seguramente se remonta, en parte, a sus estudios de ciencias políticas en Varsovia y a una remozada aplicación de algunas tesis de Antonio Gramsci sobre movimientos y partidos políticos.

Entre 1849 y 1854, Colombia vivió densas transformaciones económicas, políticas y sociales que incluyeron enfrentamientos entre representantes de opuestas concepciones del mundo. En ese tiempo —valga tenerlo en cuenta, aunque no parece ser un rasgo muy apreciado por Gutiérrez Sanín— se estaban demarcando los estamentos fundamentales de aquella época con sus respectivas reglas de separación y de dignificación; entre otras cosas, la noción weberiana de estamento es en de-

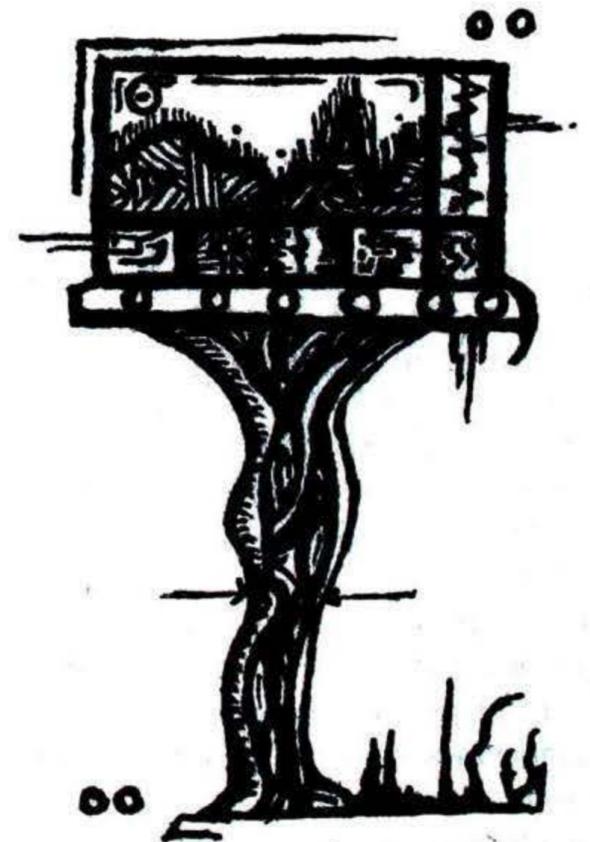
finitiva poco funcional en el análisis de este autor.

Aun así, el libro contiene un notable esfuerzo por, primero, saber cómo se autodefinían aquellos actores de abajo, aquellos hombres de ruana que alguna vez conformaron un movimiento volátil y voluble; luego, analiza la capacidad de ese movimiento para plasmar sus aspiraciones, para darle algún grado de coherencia conceptual a sus difusos anhelos. En la segunda parte del libro, el autor se encarga de hacer una especie de etnografía del movimiento plebeyo —denominación que pertenece a la audacia del analista—. En este punto, Gutiérrez Sanín parece descubrir expresiones de autonomía de la masa de artesanos que frecuentemente había sido la carne de cañón de las turbulencias políticas gestadas por las clases dominantes.

¿Pero qué se concluye o constata de esta mirada desde adentro, de este intento de conocimiento exhaustivo de un modo de ser de la cultura política de un sector social que desempeñó papel trascendental y transformador a mediados del siglo pasado? En eso no se perciben muchas novedades; desde los estudios clásicos de George Rudé, se repite como una fatalidad que los movimientos populares, que esas "clases pobres" que constituyen el pueblo, son ideológicamente sincréticos; que son incapaces de bastarse a sí mismos; que la coherencia de sus discursos y de sus actos quedan supeditados a la presencia de agentes externos: los ideólogos, los intelectuales, los tutores, los hombres ilustrados provenientes de sectores privilegiados de la sociedad. Raramente, no acude este autor a la noción gramsciana de ideología, pero en su libro queda claro que, en cierto momento, en los inicios, el movimiento plebeyo se abasteció de una "ideología inherente", la de esa ecléctica masa llamada pueblo, pero que después, en un estadio más alto de su protesta, tuvo que mezclarse con elementos ideológicos más elaborados, patrimonio de los grupos sociales a los que esos hombres de la plebe debieron enfrentarse. Y, bien, todo eso parece constatarse en este análisis de Gutiérrez Sanín.

Lo que no puede soslayarse, y es una omisión deliberada de esta obra, es que en ese tiempo, 1849-1854, se

gestaban de manera simultánea las formas institucionales que le conferirían autonomía y distinción a diversos estamentos de la sociedad neogranadina. Al mismo tiempo que los artesanos se aglutinaban en las Sociedades Democráticas, los liberales con rezagos aristócratas hallaban modos de sociabilidad y de autorreconocimiento en las logias masónicas o en las sociedades artísticas y científicas; y, más claramente, en la formación de los partidos políticos. Una noción restringida de soberanía y un liberalismo excluyente dejaban por fuera de la idea de nación a quienes no hubiesen tenido los privilegios de la educación y de la riqueza, es decir, a la guacherna. Cuando se pierde este interés por la simultaneidad, cuando se hace abstracción de este juego de relaciones entre actores opuestos que se chocan, se rozan o se alían, estas miradas, enriquecedoras y todo, se vuelven demasiado unilaterales e incompletas. Quizá eso suceda en este caso, pero no debemos entenderlo como un extravío sino como una necesidad metodológica cuando no han predominado estudios que se detengan en la descripción minuciosa y detallada de la cultura política de los sectores populares.



En Gutiérrez Sanín hay aportes novedosos y preguntas que le dan nueva dimensión a un problema injustificadamente desatendido; pero ojalá el

autor entienda que mucho de lo que allí dice está todavía a manera de apunte, de esbozo que necesita afinarse.

GILBERTO LOAIZA CANO

Punto de partida

Empresa e historia en América Latina

Carlos Dávila L. de Guevara

(compilador)

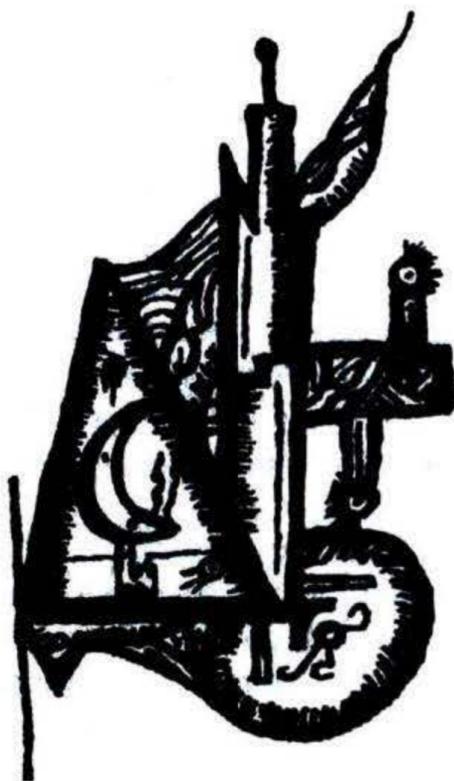
Tercer Mundo Editores-Colciencias,
Santafé de Bogotá, 1996, 225 págs.

Este balance historiográfico aparece en un momento oportuno para la reflexión sobre el papel social, político y económico del empresario privado en América Latina, no sólo por el oleaje neoliberal de fin de siglo, sino porque había sido olvidada su presencia, incluso, en la formación de las naciones del subcontinente durante la centuria anterior.

Por mucho tiempo, los estudiosos de las ciencias sociales habían sido ajenos al tratamiento sistemático del tema. El empresariado ha representado, con razón o sin ella, a una burguesía tirana en el interior de cada país y sumisa en sus relaciones con las potencias externas. La academia universitaria fue por mucho tiempo reacia a entregarse de manera disciplinada y ausente de prejuicios a la valoración del papel del empresariado nativo de cada país. Los núcleos empresariales prefirieron acudir a la creación en varios países de América Latina de centros de investigación que no se distinguieron precisamente por su objetividad y terminaron pareciéndose a entidades publicitarias que promovían la imagen épica de un buen burgués. Así que del extremo del villano se pasó a la hiperbólica idea del héroe empresarial.

La mirada crítica y exhaustiva sobre el papel del empresariado en las sociedades latinoamericanas es relativamente reciente. De hecho, en el caso de la atrasada historiografía colombiana, el nivel de estudios es muy incipiente en comparación con otros países de la región.

Extinguiéndose el siglo que anunció para toda América Latina una desigual modernización tecnológica, con algunos grados de industrialización y con los consecuentes conflictos entre nuevos actores sociales, vale tener a la mano un balance de las aproximaciones críticas —y también de las menos críticas— al estudio del empresario como un actor insoslayable de la formación de las relativamente modernas sociedades del subcontinente; él ha sido un actor tan relevante como el obrero, el campesino, el político, el militar o el intelectual.



Los estudios pioneros sobre esta área historiográfica pertenecen al mundo académico anglosajón, algo que ya es una fatalidad en el ejercicio de muchas disciplinas científicas en nuestros países. Nosotros quedamos condenados a la condición de eficientes discípulos o continuadores de un proceso de indagación en el cual no cumplimos ninguna función inaugural. Ése es el destino de nuestra dependencia intelectual, de nuestra incapacidad para consolidar una comunidad científica que desde las universidades sepa definir prioridades. A propósito, esta misma compilación cuenta con la colaboración de dos investigadores británicos que se encargaron de los capítulos dedicados a Brasil y Perú. Los cinco capítulos restantes sí pueden ser adjudicados a investigadores latinoamericanos con alguna tradición en el desarrollo de esa área de estudios.

El embrión de este balance historiográfico parece hallarse en los eventos que desde la década de 1980 han convocado académicos norteamericanos y británicos especializados en la historia de América Latina; hasta que por fin, en 1992, en la asamblea anual del Consejo Latinoamericano de Escuelas de Administración reunido en la Universidad de los Andes, fue posible una comunidad de intenciones que dio origen a este útil balance. El autor de la compilación aclara que cinco de los siete capítulos que componen el libro son el resultado de las ponencias presentadas en ese encuentro.

Los balances historiográficos son premisas necesarias en el desarrollo de cualquier disciplina científica; son tareas previas, preliminares, sin las cuales no se puede partir con certeza en busca de novedades en el conocimiento. Conocer los antecedentes bibliográficos de un área de estudios contribuye decisivamente a darle cimientos muy sólidos a cualquier investigación. Estos balances permiten reconocer avances, carencias, vacíos; también tendencias, excesos y olvidos. Es el estado del arte de una disciplina determinada y del cual no puede prescindirse en los albores de cualquier investigación. Allí reside toda la utilidad metodológica y el valor intelectual de este libro.

La historiografía empresarial, a pesar de lo poco trajinada, ofrece sus matices: estudios de historia económica, examen del papel empresarial del Estado, historia de empresas específicas, estudios biográficos sobre empresarios. Incluso, podría confundirse en algunos casos la historiografía empresarial con una historiografía de elites intelectuales, de la relación entre formación científica, poder económico y poder político. El estudio evidentemente weberiano y muy bien documentado del profesor Alberto Mayor Mora, concentrado en el núcleo dirigente de la Escuela de Minas de Medellín, desemboca en trabajos de ese estilo; de ahí que no nos sorprenda que el trabajo siguiente de este sociólogo haya sido la biografía de un tipo singular de empresario moderno en Colombia: el ingeniero civil Alejandro López.

En algunos países ha predominado el estudio de empresas extranjeras sobre el